

La otra mejilla

*Cuando se me hace una injuria,
procuro levantar mi alma tan alto
que la ofensa no llegue hasta mí.*

DESCARTES

I

Una colega mexicana, amiga de la familia de muchos años, está de regreso al mundo de la espiritualidad cristiana. Hizo un camino accidentado pero no infrecuente: de ser bautizada y tomar su primera comunión, pasó sus primeros años en escuelas católicas de Europa e ingresó a la juventud comunista en la adolescencia para abdicar del marxismo ortodoxo al conocer el eurocomunismo, y ganada por el existencialismo conoció el psicoanálisis, también ortodoxo. Considerada hoy analista de nivel en su medio, recién ha dado pasos por el psicoanálisis lacaniano —una variante más centrada en el lenguaje y la construcción social—, y ahora revisa la espiritualidad de los doctores y padres de la Iglesia Católica en busca, dice, de algo perdido en tanto camino, y sumergida ella y su familia en el agobiante materialismo que vive su país.

Es la misma persona que me dijo en uno de sus últimos viajes a Cuba admirar a Jesucristo pero que no lograba comprenderlo todavía. Le pregunté qué le resultaba inexplicable y respondió: el mismo hombre extraordinario, capaz de perdonar a María Magdalena, de expulsar los mercaderes del templo y enfrentarse al poder romano es el que pone *la otra mejilla* y se deja matar así, sin más. No, concluía, hasta ahí no puedo llegar con Jesucristo.

No volvimos sobre el tema. Hay asuntos que merecen otros escenarios. En ese momento entendí que para muchas personas buenas *la otra mejilla* desafía su más primitivo instinto de conservación. Jesús había puesto el listón bien alto. Tanto, que mi amiga acostumbrada a tratar personas para las cuales el perdón y la reconciliación sería la clave de su felicidad, se *trababa* a la hora de comprender por qué también se debía entregar el vestido a quién arrebatada la capa.

II

Con las distancias pertinentes, otros dos cristianos han puesto bien altas las metas de perfección humana en el

por Francisco ALMAGRO DOMÍNGUEZ

siglo xx. Una de ellas es la Madre Teresa de Calcuta. Dentro de la infinidad de anécdotas que se cuentan sobre su vida, hay una que merece recordarse cuando se hable de perdón y amor a quien daño ha hecho.

En los años de gobierno de Enver Hoxha había solicitado visitar su Albania natal, permiso negado varias veces sin razones convincentes. Cuando su madre enfermó se hicieron gestiones humanitarias para que la viera antes de morir. La entrada al país de Agnes Gonxha, su nombre antes de hacer los votos en 1937, fue negado de nuevo. La madre murió, y también el señor Hoxha, en 1985. Al fin de visita en Albania años después, la Madre Teresa fue a la tumba donde estaban los restos de su mamá para depositarle las flores que hubiera deseado darle en vida. Al llegar al cementerio uno de los acompañantes comentó que allí estaba enterrado Hoxha, el hombre que había impedido su regreso a la Patria y ver a su madre viva por última vez. La Madre Teresa primero pidió ir al sepulcro de Hoxha y sobre la tumba dejó las flores que eran para su mamá.

El otro caso es el de Nelson Mandela. Por veintisiete años guardó prisión política bajo el régimen del Apartheid. La cárcel le fue particularmente dura: años de aislamiento y silencio sobre su suerte. Liberado en febrero de 1990, era el líder indiscutible del Congreso Nacional Africano. Mandela fue elegido presidente en 1994. Esa posición hubiera permitido liderar un movimiento de revancha hacia los enemigos. Sin embargo, nombró los miembros de una

**Las flores
sobre la tumba
de Hoxha
que la Madre
Teresa
colocó fueron
por la paz y la
reconciliación
del sufrido
pueblo albanés.
Y lo hizo
también
por el alma
del dictador,
posiblemente
necesitada
también de paz.**



Comisión de la Verdad y Reconciliación la cual debería estudiar los testimonios de las víctimas bajo el principio de que quienes confesaran los crímenes y mostraran arrepentimiento serían amnistiados. El obispo anglicano Desmond Tutu presidía las sesiones; su espiritualidad cristiana fue clave para el éxito del trabajo. Pero en más de una ocasión tuvo que detener la vista pública pues se le salían las lágrimas de los horrores contados por los victimarios. Acabado su período al frente del ejecutivo multirracial, Mandela pidió no ser reelegido. A cambio, encabeza hoy una fundación contra el SIDA, la mortal enfermedad que acabó con las vidas de un hijo y la suya.

Hablamos de *perfección humana* en los casos de la Madre Teresa y de Nelson Mandela no sólo por sus gestos de solidaridad hacia los pobres y los relegados, muchos por cierto, sino por esa sorprendente capacidad de perdón hacia quienes tanto daño les hicieron, a veces de manera gratuita y otras, con la expresa intención de doblegarles el espíritu. Casi nadie recuerda a los verdugos. Pero todo el mundo conoce a la Madre Teresa y a Mandela. Paradojas que tiene la vida: los primeros han pasado a la historia a través de quienes pretendieron destruir.

III

Es difícil romper los ciclos de agresión-respuesta-agresión. En la escala zoológica los animales mejor dotados sobreviven gracias a la capacidad de reproducirse y adaptarse al medio, lo cual supone responder a todas las agresiones. En los seres inferiores tal disposición es limitada. Algunos organismos primitivos mueren o se incapacitan después de replicar al ataque. En los mamíferos, cuyo *diseño* biológico permite contestar al agresor incluso evadiendo la situación embarazosa, se puede sopesar en cantidad y calidad el agente agresor y la respuesta pertinente.

En el hombre es todavía más complejo este proceso. Existe como un primer nivel de respuesta mediada por una pequeña estructura cerebral llamada *amígdala*. Es lo que conocemos como instinto. El instinto de conservación es la rápida e inconsciente conducta primaria de respuesta. A diferencia de otros mamíferos, para el hombre la réplica a la agresión no concluye ahí, empieza. Hay otras áreas conectadas a la amígdala –corteza, lóbulo prefrontal, etcétera– dónde se localizan los centros del conocimiento, la inteligencia y la memoria. Cualquier conducta ante un ataque pasa, en ocasiones desafortunadas demasiado rápido, por ese entramado de *filtros* donde se expresan los afectos, valores éticos y espirituales. La diferencia entre el hombre y el animal más desarrollado estaría en que el primero puede hacerse un juicio sobre la ofensa, elaborar una respuesta, y después volver a juzgar lo sucedido.

Pero aún podría establecerse una gradación de los hombres sobre sus reacciones a la injuria. Las personas con retraso mental y otras enfermedades incapacitantes de la razón responden de manera instintiva y desproporcionada a los

insultos. Su *disco duro* no puede procesar tan complicada información. Los muchachos y los grandes no se percatan de cuán caro puede salirles mortificar a un paciente mental.

En cambio, las personas bien dotadas de lo que se ha llamado *inteligencia emocional* llegan a tener un control envidiable sobre sus reacciones. No hablamos de los flemáticos o con *sangre de horchata*, sino de individuos capaces de molestarse ante la agresión y con asombrosa rapidez recuperar el dominio de sí, y ofrecer respuestas, no en la misma magnitud ni en la misma calidad en que son agredidos, sino rompiendo las reglas del juego que trata de imponer el atacante. Así, la máxima expresión de superioridad humana estaría en quién logra controlarse para manejar la situación y no en que la situación o sus respuestas instintivas lo dominen. Hay momentos en los cuales *lo justo* contradice *lo correcto*; sólo personas sobresalientes se dan cuenta de ello y pueden replicar en una cuerda diferente.

Examinemos brevemente el ciclo agresión-respuesta-agresión para entenderlo. Los seres humanos se enfrentan a través de lo que se conoce como *escaladas*. Las escaladas pueden ser de dos tipos: simétricas y complementarias. En las *escaladas simétricas* la respuesta es de cantidad: hay concordancia entre el agresor y el agredido. Una pareja comienza discutiendo en baja voz y a medida que ambos se descalifican sin cambiar de argumento y sin lograr derrotarse, van subiendo la voz hasta llegar a esas griterías que tanto asustan a los vecinos. En otro caso, un país compra cien fusiles y el otro, doscientos; después serán mil y la respuesta será adquirir dos mil. Pero se trata del volumen de las voces o de la cantidad de fusiles.

En la *escalada complementaria* el salto es de calidad: el agredido y el agresor se complementan a través de diferentes cualidades de respuestas. La mujer del ejemplo anterior critica al esposo porque éste llega tarde al hogar; él a ella porque la casa siempre está sucia; ella lo acusa de ser infiel, a lo que él responde que maltrata a los niños. Las agresiones van *escalando* no por el volumen de la voz sino porque los temas se hacen cada vez más lacerantes, van subiendo en intensidad por la naturaleza del tema con que se quiere hacer daño al contrario. Un país compraría fusiles y el otro le añadiría a los suyos lanzagranadas; el primero adquiriría tanques y el segundo aviones a reacción; a determinado nivel de conflicto, cabría esperar la compra de misiles nucleares por uno a lo cual podría responder el otro con un *escudo antimisiles*.

Si algo queda claro es que en las escaladas no hay vencedores ni vencidos. Tanto por simetría como por complementariedad se llega a un punto donde no es posible gritar más alto u ofender de forma más insultante. Lo curioso de las escaladas y de ahí su disparate, es que en ese punto de no poder hacerse más daño, los contrarios están más cerca que nunca: *se necesitan*. La única razón de existir llega a ser la destrucción del adversario. En ello ponen todos los esfuerzos, desviando recursos que, en toda lógica, deberían emplearse en beneficio propio. Inmersos en las escaladas, las personas,

las familias y los países no pueden salirse por los medios habituales. No queda espacio para el juicio o el diálogo pues se trataría de un *desequilibrio equilibrado* que es una franca regresión a los más bajos niveles del instinto. Sólo habría una forma de romper ese vínculo autodestructivo: cambiando de manera definitiva las reglas del juego.

IV

La larga explicación de Jesús a los discípulos sobre el amor a los enemigos solo puede entenderse de dos formas: una gran locura o un tipo de *amor desconocido*. La primera suposición podría ser desechada por la coherencia con que prosigue el discurso evangélico: *si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué mérito tienen? Y si saludan sólo a los amigos, ¿qué tiene de especial? También los paganos se comportan así.* (Mateo 5, 46-47).

En la *otra mejilla*, hay, además, una correspondencia para nada delirante entre la Palabra y la Acción. La Cruz asumida no como mansedumbre suicida sino como liberación definitiva es el gesto máximo de cómo cambiar los ciclos de odios y miedos. Pero la Cruz, al mismo tiempo, tiene una *segunda parte*, y quizás se trate de la más importante: la Resurrección. Es el absurdo para acabar con el absurdo y hacer las cosas verdaderamente nuevas.

Nadie antes de Jesús había pensado y sobre todo, hecho algo parecido. Hombres de aparente buena fe apostaban, y lo siguen haciendo, al *ojo por ojo*. No es impedir la defensa propia o de los seres queridos, pero la defensa en la misma cantidad o calidad de la agresión no cambia para nada la naturaleza intrínseca del conflicto; todo lo contrario: hace de él un juego con suficiente poder de succión como para, una vez atrapados en el torbellino, no poder escapar de él. Porque se ama mucho la vida propia y la de los seres queridos la tarea es frenar otra espiral de la escalada; es introducir algo *nuevo* para cambiar de manera radical las reglas. Es cierto que se precisa mucho más valor y entereza de espíritu para mostrar la otra mejilla que para devolver el golpe: lo primero es consciente, y exige mentes abiertas y corazones grandes; lo segundo es instintivo y no lleva más esfuerzo que el de la biología primitiva.

Volvamos a los ejemplos contemporáneos, la Madre Teresa y Nelson Mandela. La Madre Teresa hubiera *presionado* al muy poco simpático gobierno de Enver Hoxha. Unas declaraciones suyas y el aislamiento moral de Albania podría haber sido mayor en aquellos días. Quizás no lo creyó necesario. Lo que sí parece haber sido imperioso para ella fue depositar las flores que eran para su madre en la tumba de quien le impidió regresar. Hoxha era el pasado; Albania el futuro. Sobre el sepulcro del líder albanés nadie había colocado flores en mucho tiempo. Pocos le recordaban, y si lo hacían, era con disgusto. Las flores sobre la tumba de Hoxha que la Madre Teresa colocó fueron por la paz y la reconciliación del sufrido pueblo albanés. Y lo hizo también por el alma del dictador, posiblemente necesitada también de paz.

Nelson Mandela puso a pensar a muchos otros líderes. No siendo un ordenado religioso, y sin más votos que los del pueblo que lo eligió por aclamación presidente, no se postuló de nuevo y dio paso a otras figuras políticas. La *intervención más "absurda"* del político fue organizar la Comisión de Verdad y Reconciliación bajo el principio de no buscar el castigo y así demostrar cómo se construía un verdadero Estado de derecho renunciando a la regla de que hacer justicia está por encima del momento y las circunstancias. Las cosas empezaron por casa: su ex esposa, Winnie Mandela,



José Martí

tuvo que enfrentar cargos por homicidio y la complicidad de sus colaboradores. Podrá pensarse, por quien no conozca el Apartheid, que al no ajusticiar a los asesinos blancos cometió un grave error. Mandela tenía poder y fuerza moral suficientes para hacerlo, pero sucede que el Apartheid no fue un simple Estado de segregación racial sino la única forma de vivir conocida por blancos y negros durante medio siglo. Todavía hoy, cuando los negros pueden ir libremente por todo el país, evitan entrar en *zonas de blancos*. ¿Cómo cambiar entonces las cosas en Sudáfrica? Nelson Mandela empezó con la *locura* de la renuncia al poder y derrumbó reglas que parecían *lógicas y justas*.

En Cuba hemos tenido hombres de tal calibre. El más representativo fue José Martí. Parte de su *misterio* es que no siendo un hombre de guerra, estuvo dispuesto a la lucha violenta como último recurso para liberar a su patria. Necesaria, dijo, y breve. Varias mejillas tuvo que poner para cambiar las mentes de otros patriotas que no veían en él más que al hombre de pluma, papel y escritorio; acaso el delegado en el exterior a cargo de recaudar dinero y armas para la contienda. La famosa carta a Máximo Gómez y el incidente de La Mejorana ilustran cuán alto ponía el alma frente a las injurias de quienes tenía como hermanos. Martí murió sin disparar un solo tiro. La pistola que le acompañaba ese día tenía todas las balas en la maza. Es la evidencia histórica. Quizás no disparó nunca contra otro ser humano y hubiera lamentado tener que hacerlo. Puede que por ese *absurdo* aún no hallamos comprendido en toda su dimensión el enigma del sacrificio en Dos Ríos. Ω